

Lo que opinan nuestros MUSICOS...

Feliciano Maresma

Nadie tiene la culpa de que le hayan puesto un nombre más o menos extraño. Si uno, en el mismo instante del bautizo, pudiera escoger, sería otro cantar. A Maresma le hemos conocido por Feliciano, como podría llamarse Saturnino, y por tanto no encontramos nada de particular en ello. Al contrario, nos place, porque marcha de la vulgaridad de los nombres que abundan tanto.

Aquí, en Granollers, no conozco a nadie que se llame Feliciano. Y menos que sea músico. Y que sea un músico como Maresma, buen amigo y colaborador entusiasta de todo aquello que sea cualquier manifestación musical. Maresma se cuenta también como uno de los músicos que siempre ha dado su colaboración desinteresadamente. Desde las solemnidades religiosas, pasando por los festivales más o menos benéficos, hasta los homenajes más cariñosos. Un funeral, un oficio, un concierto, una representación... Maresma y su violín, siempre están dispuestos para ello.

Maresma cursó sus estudios musicales de solfeo, teoría y piano, en la Escuela Municipal de Música de Barcelona, siendo sus profesores los maestros Argelaga, Millét y Pellicer. También cursó los de violín con el maestro

señor Munné y más tarde con el maestro Toldrá; y ya en Granollers estudió la armonía con el maestro Mariano Bataller.

Un simpático pueblecito de la costa, Masnou, quiso darnos su delegación y escogió a Maresma para ello. Vino a nuestra ciudad y en el año 1926 ingresó en la orquesta «La Catalonia», de la que formó parte hasta el año 1930. Razones particulares le obligaron a dejar el citado conjunto, pasando a formar parte de un cuarteto del cual nació la «Orchestrine Mikey-Jazz», aumentada después a seis ejecutantes, actuando Maresma con el violín y el saxo tenor. Después de unos años se disolvieron los «Mikey's» y se constituyó la orquesta «Iberia», en la que actúa con el saxo *mi bemol* y el violín.

Reconozco que he tratado muy poco a Maresma—pues no es muy comunicativo—si bien algunas veces hemos hablado de cosas artísticas, que mucho le placen. Desconocía su criterio sobre la música de jazz y por eso me ha interesado me diese su más sincera opinión. Además, por su manera de ser, ignoraba que dicha música le pudiera complacer y, por un momento, he pensado: «¡Vaya, hombre, por fin encontrarás a uno que no le place la música sincopada!»

He encontrado a Maresma en día de mucho trabajo para él. Pasaba rápido como una centella y he tenido que forzar el paso para conseguirle. Andaba

haciendo la cobranza de los recibos de la luz—¡divina luz, cuánto dinero cuentas!—pero al fin dí con él en el preciso momento en que se metía dentro de una casa. Le espero, nos saludamos, preparo mi bloc de taquigrafía (?) e interrogo:

—¿Qué opina de la música de jazz, Maresma?...

—Un momento.

Otra vez esperando a que saliera. Esta vez no ha cobrado; recibo aparte.

—¿Qué decías?...

—¿Qué opina Vd. sobre...?

—Permíteme. Te contesto enseguida.

Esta vez la espera es más larga. Oigo—curioso que es uno—discusión de quilovatios. El chico que lee por la noche...; el marido que se olvida de apagar la luz...; la niña que cose siempre en el oscuro comedor...; aumentos que todo el mundo ignora, etc., etc.

—Bien, aquí me tienes. Reconozco que no soy muy experto en la materia para darte una opinión sobre la música de jazz; pero trataré de darte una idea que refleje mi sencillo parecer.

Creo que la música de jazz, como todas las cosas de la vida, tiene que juzgarse por su valor, y siendo así lógicamente, aprecio y me gusta la buena música de jazz. He oído conjuntos nacionales y alguno extranjero, y en ellos he apreciado su modo de ejecución, de estilo y buen conjunto, mejor en los últimos que en los primeros (¿por qué no decirlo?), si bien hay cosas que me gustan y otras no. Justificaría esta diversidad (no sé si lo aprecio bien) a lo que podríamos llamar evoluciones, nuevas creaciones o hacia el perfeccionamiento de la misma.

He recordado siempre las excelentes actuaciones de las orquestas «Gong», en su tiempo, y principalmente el trío de saxos; la «Melodians», «Plantación», en su primera época, y recientemente he oído al excelente conjunto de George Johnson en el Club de Ritmo. Johnson me dejó atónito con lo que se puede hacer tocando el saxo; y su compañero, el saxo tenor, me gustó y lo encontré excelente por su delicadeza y buen gusto en la expresión.

Hablando de la música de jazz en términos generales, cuando me gusta más oírla, así como interpretarla, es en lo que llamamos «jazz melódico»; la prefiero y sin cortapisas, al «hot» o bien a tiempo de «fast». Acepto apreciaciones, pero yo, será por mi temperamento, prefiero el jazz melódico.

La música de jazz la considero excelente y adecuada para al baile, pues a él se ha adaptado y bien. Hay bailes bien armonizados, así como instrumentados (¡ojalá todos!), pero los hay—sin querer molestar a nadie—que yo los tiraría al cesto de los papeles, pues hacen de la música de jazz una música inapreciable y sin sentido musical alguno, situándola en una vulgaridad extremada; si bien reconozco que se ha dado un gran paso.

—¿...?

—Considero que no tiene parangón la una con la otra; las dos tienen su origen. Pero como la buena música será siempre buena, cada una podemos apreciarla en su valor.

—¿...?

—Indudablemente, creo perdurará la buena música de jazz (ya he dicho antes que se ha dado un buen paso), que equivale a predecir que imperará

el buen sentido musical de los compositores, así como de los ejecutantes, y además... si la suerte la acompaña, a que el público aprecie lo bueno de esta música y reproche lo malo.

* * *

He sudado lo mío de tanto andar, pero estoy completamente satisfecho de las manifestaciones de mi amigo. Hemos hecho la cobranza conjuntamente hasta el final de trayecto. Ultima casa.

—¿Me esperas?...

Otra espera, no muy larga, y al final y por última vez, Maresma, que a lo mejor no se acordaba de nuestra conversación e ignoraba mi poco efectivo metálico, viene y me dice:

—«Gene», me prestas diez pesetas para cambio?...

—¡Caramba, hombre, no faltaba más! ¿Pero, dónde rediablos he metido mi billetero?...

GENE

Notas sueltas

“Johnny Hodges”

El caso de Cornelius «Johnny» Hodges es de los que podríamos calificar de «constantes». 18 años lleva tocando en el conjunto de Duke Ellington. Entró a formar parte del citado conjunto en el año 1928. Con el saxo alto interpreta con tal maestría que ello le ha granjeado la simpatía de todos los aficionados a la música de Jazz. Con el saxo soprano le hemos oído pocas grabaciones. ¡Pero siempre con Duke Ellington! Lástima que no se siga más a menudo este ejemplo.

W. C. Handy

Con razón se le ha llamado el «Padre del Blues». El fué el primero que pasó al papel pautado sus ideas musicales «in blue». En 1909 compuso «Memphis Blues». En 1914 el famoso «Saint Louis Blues», que en la actualidad aún cuando lo oímos nos deleita más y más cada vez que ponemos el disco en la gramola. Siguió en 1915 «Joe Turner Blues», y en 1917 «Beale Street Blues».

Según los eruditos, el primero de ellos

o sea el «Memphis Blue», fué hecho con fines electorales. ¡Sólo puede pasar una cosa así en América!

Donald Redman

Donald D...? ¡Perdón! Iba a poner Duck.

Donald Redman. Conocido popularmente por Don Redman. Es una enciclopedia musical. Y si es que tocar un instrumento es un oficio, Redman es un hombre de muchos oficios, pero sin que por ello le apliquemos el conocido proverbio. ¡Nada de eso! Redman es de los ases con el saxo alto. El piano lo hace brillar y con el clarinete toca maravillosamente.

No obstante, cuando es necesario, toca la trompeta, el violín, el trombón, la batería y hasta se atreve con el contrabajo. Pero con este último instrumento tiene dificultades... No vayan a suponer que las dificultades son musicales. El caso es que Redman es bajito. Muy bajito y regordete. Simpático, dinámico... pero todas estas cualidades no son suficientes para que pueda alcanzar, sin tener que hacer un pequeño esfuerzo, las primeras posiciones del contrabajo.

Lástima, porque a lo mejor con la «berra» también nos maravillaría.

Eddie Lang

Gran guitarrista. De la categoría de Reinchart, Condon, etc. etc. O sea dicho en una palabra: una figura jazzística con la guitarra. Su nombre verdadero es Salvatore Massari. Nació en Filadelfia. Como se ve, por su nombre es de ascendencia italiana,

Se dice que fué uno de los músicos que grabó más discos.

Murió a los 30 años de edad, el día 26 de marzo de 1933.

En la guitarra han destacado siempre los músicos blancos. Fué una pérdida muy sensible para la música de jazz la muerte de este gran instrumentista.

Leopoldo Stokowski (?)

No es un músico de Jazz. ¡Ya sé que están enterados! Pero este gran director polaco, cuando dejó la batuta con la que dirigía la orquesta Filarmónica de Filadelfia, hizo unas manifestaciones en las que se expresaba partidario de «Los milagros musicales del futuro». Estos milagros son nada menos que los instrumentos eléctricos.

Conocemos estas aplicaciones en la guitarra y el vibráfono, pero somos partidarios, momentáneamente, de los instrumentos «naturales».

¡A lo mejor, en un futuro próximo, se inventa una trompeta eléctrica!

¿Entonces, para qué ha estudiado tanto Harry James...?

DUKE

Gerona, Mayo 1947

Socio: Nuestra «Publicación» debe ser tu revista favorita.

Elogio de la llamada «música ligera»

Esa despreciada hijuela de Euterpe, que es la «música de baile», merece la saquemos a flote, de una vez para siempre, en bien de ese «dejar cada cosa en su sitio». No andemos por las ramas de un pseudo-diletantismo prodigando desaires a cuanto se llama «música ligera», para, de rechazo, rendir genuflexiones a tanta y tanta obra —también «ligera»— que nos suelen dar aderezada y peripuesta en el andamiaje de una cosa, «seria» por el nombre. Realmente, si la «música de baile» careciera de un «por qué» nosotros seríamos los primeros — aunque siempre los últimos — en rechazar todo contacto con ella y en dejar de prodigarle la sonrisa de nuestro beneplácito. Mas, he aquí, que ese «por qué» existe.

Y no caeremos en un práctica muy extendida por ahí, que consiste en medir la obra de arte —especialmente la «música»— como si fuera patatas o tejidos: por su peso, por su extensión. ¡Sí! ¿Qué una composición X, dura media hora, aunque *nada nos diga*..? ¡hay que descubrirse, señores, ante la vaciedad de esa obra! ¿Qué una otra, lleva 2 horas de representación, aunque su estética quede lejos de nuestro mundo...? ¡debemos aplaudir con traje de etiqueta! ¡Claro, son obras «muy grandes»; por lo tanto—lógica de pseudodiletante — son «muy buenas»! En otro plano de ideas: ¿qué diríamos de nuestro amigo cuando nos pospusiera una «rima» de Becquer—corta, pero honda—a los tres tomos de un novelón décimonónico—largo, pero vacío...? Tal, la música.

Dejémonos de rotulaciones y camuflajes y vayamos al meollo de la cuestión, aun cuando este último sea un meollo chiquito, de esos que duran los tres minutos de una «música de baile» (¡sí, sí; de acuerdo que también en esta especialidad se prodigan las obras huecas e inexpresivas!).

Porque, ingénuamente, yo me voy a preguntar: Si concedemos que la «música de baile» no tiene importancia, ¿qué armas, para defenderse, les proporcionaremos al «pasodoble» de la zarzuela X —donde se llama «romanza»—, al «vals» de la ópera Y —donde se apellida «aria»—, y al «minué» de la sonata Z —donde aparece como «2.º tiempo»—...? ¿Y qué va a pasar con la «Historia de la música», si suprimimos el estudio de la «suite de danzas» (estado germinal de lo que más tarde será «sonata» y luego sinfonía), porque resulta que esa «suite» consta de unos bailables más o menos bonitos, más o menos desarrollados, pero al fin y al cabo «música sin trascendencia» (¡perdón, J. S. Bach, por tus «Suites de danzas»!)...?

Llámesese como se quiera, abogemos por la música que resuelve y cristaliza el fin que se propone. Que nos diga en unos compases —pocos o muchos— el pensamiento de su autor y los sentimientos de éste. Que sea, en fin, «música»: ¿«pura», «sinfónica», «ligera», «de baile»...? ¡Etiquetas y nada más que etiquetas!

Y en gracia y honor de la «música ligera» de todos los tiempos, recordemos cuántas obras «serias» se salvan del justo olvido, en aras de unos trozos de «música de baile», cual únicos fragmentos que trascienden al público, por llevar en

su melodía la fragancia de la flor del momento: casquivana y alegre, unas veces; sentimental y cursi, otras.

Por otro lado, a nosotros —que en música carecemos de remilgos y cumplidos— nos han dado ganas de presentarles a Vds. —con toda cortesía y ceremonia dieciochescas— unos músicos clásicos, sinfónicos, de ópera, etc., autores todos de obras bailables que nunca sintieron el rubor de escribirlas, puesto que las firmaron para que Vds. las oigan... ¿Qué mayor elogio para la llamada «música ligera»?

Luis ARAQUE

Madrid, Mayo 1947

Recuerdos que no se esfuman

Muchas de las interpretaciones que nos ofrecen las diversas orquestas de «jazz», tienen la indiscutible particularidad de pasar—después de un tiempo determinado—bastante desapercibidas, por no decir totalmente olvidadas. Muchos conjuntos sólo interesan por aquella parte musical que de momento irradian el mercado como una novedad, pero que concretamente no dejan ni un sencillo recuerdo que pueda quedar perdurable. Hay multitudes de estas interpretaciones que se pueden catalogar entre las citadas, por ser generalmente de aquéllas en que pueden ser aprendidas con mucha más facilidad que un «You rascal you» de Louis Armstrong. Recordemos lo que manifiesta Hughes Panassié en su valorizable libro «La música de jazz y el swing».

«Los discos de un Benny Goodman o

de un Artie Shaw, por la celebridad de estas orquestas, se venden muchos más que los de Lionel Hampton o de otros conjuntos que, sin embargo, le son infinitamente superiores».

Esto da a entender que la mayoría se deja arrastrar por una sencilla combinación de notas sin puro estilo y sólo entienden que una canción con refrán y una orquestación pegadiza tienen mucha más aceptación que una meritoria interpretación del más puro sentimiento negro. Pero tal como decía antes, son precisamente esta clase de discos los que quedan en un rincón aparte, después de pasada la euforia del momento, o sea el de la novedad sin ambiciones.

Una mayoría de los que opinan que el «jazz» sólo tiene un aliciente como espectáculo para divertirse, se dejan pasar por otro lado y de un modo tan fugaz, sin precisión posible, toda una serie de bellas melodías auténticas de puro estilo... y que no se llegue el caso de preguntarles por los buenos músicos que vanaglorian la música de «jazz», porque efectivamente, nada saben de ellos.

Si muchos se hubieran tomado la molestia de poner los puntos sobre la íes, sobre el verdadero significado del «jazz», ya se hubieran interesado por un «Tu grato recuerdo» de Lionel Hampton o un «The Jumpin's jive» del mismo formidable maestro del vibráfono—pongamos como ejemplo—y entonces, creo que hubieran llegado a comprender, de que modo ha podido interesar y al mismo tiempo vivificar la emoción y la comprensión de todos aquellos que aceptamos el valor y

el arte de la música espiritual y exacerbadora de la raza negra.

Por eso, los que encontramos que el tiempo no es mella para hacernos olvidar las claras expansiones de la música de «jazz», siempre perduran en nuestra memoria interpretaciones tan dignas de ser escuchadas ahora, como en el primer día en que tuvieron la fortuna de ser lanzadas al mundo. Nadie ha olvidado aquel «Dinnah» de Thomas «Fats» Waller, ni aquella típica categoría de «Star Dust» de Benny Carter, ni «Estibador» de Duke Ellington, ni de «That's my home» de Louis Armstrong, ni tampoco una de las perfectas realizaciones del mismo Duke, «Moon glow».

Y amigos, creo no equivocarme si afirmo que han pasado muchos años desde entonces. Y si llegamos a profundizar más en este tema, hasta tengo el presentimiento en afirmar que el «Mi mayor error» de Duke Ellington tendrá una conservación perdurable, gracias al arreglo sombrío y típicamente sentimental que desde el principio hasta el fin nos tiene dominados. Será difícil de olvidar las participaciones que en todo el disco destacan de Barney Bigard y Juan Tizol. El saxo-tenor, se encuentra en su elemento de estilo y la exaltación con que le acompaña el trombón, justifica una de las melodías más típicas y sentimentales del «jazz» negro.

En un número de la Revista «Ritmo y Melodía» del año 1944, se hacía alusión de este disco, matizándonos con una frase toda expresión: «Ninguna voz humana— aún con la ayuda del verbo—

expresaría tanto, ni calaría tan hondo en el alma del oyente, como la melancólica dicción de estos dos célebres instrumentistas que llegan a estremecer».

¿Cómo es posible que los años tengan importancia, cuando, sea cuando sea, nacen tan frágiles interpretaciones, que ayudan a pensar — lo que dije en su día — que la vida es bella y sentimos el

romanticismo dentro de nosotros mismos?

¿Acaso ocurre lo mismo, con aquellas vulgaridades que la mayoría prefiere por su sencillez y fácil captación?

La realidad es siempre la realidad y tal como dijo Louis Armstrong, «Jazz es vida».

Enrique FARRÉS

Gerona, Mayo 1947

La gentileza de un locutor

Teníamos intención de decirlo. En la pasada actuación de la orquesta «Selección» en el concurso de orquestas — decimos orquestas y no «orquestinas» — que patrocina una conocida casa comercial de licores, nos dimos cuenta que el locutor de dicha emisión, Sr. Ibáñez, al anunciar a nuestra orquesta y con ella el nombre de nuestra ciudad, lo decía con un enfático «Grunullers», cuando nosotros hasta la fecha, no siendo locutores de radio, hemos pronunciado: «Gra-no-llers», según nos han enseñado las reglas gramaticales.

No obstante, si es nuestro el equívoco, pedimos perdón, al Sr. Ibáñez — locutor de radio — y prometemos de hoy en adelante pronunciar el nombre de nuestra ciudad tal como lo hace él.

J. V.

Socio:

Lee y propaga nuestra «Publicación».

NOTICIARIO

Reunión general

Con asistencia de aproximadamente un centenar de socios, se celebró, el día 13 del corriente, la anunciada reunión general para exponer la situación económica del Club y discusión del presupuesto de esta temporada.

Después de ser aprobado el estado de cuentas hasta 30 de Abril, se tomaron los siguientes acuerdos:

- 1.º Limitar la tirada del Boletín, al número de socios que lo pidan, previo pago del mismo.
- 2.º Suprimir una sesión de baile al mes con orquesta y hacerla con discos.
- 3.º Imponer un suplemento obligatorio para todos los socios de 5 pesetas los solteros y 3 pesetas los casados para las fiestas de la Ascensión, Pascua, San Juan, San Pedro y San Jaime.
- 4.º Suprimir la Sección 4.ª
- 5.º Suprimir las concesiones especiales de cuota de casado a los socios solteros, con la excepción de los de servicio militar.

—Club de Ritmo no podía silenciar su más efusiva y cordial felicitación a nuestro querido maestro José M.ª Ruera, por haber obte-

